

EL SINDICALISTA

DECENAL, ORGANO DE LOS SINDICATOS CONSTITUIDOS EN LA CASA DEL OBRERO

AÑO 1

EDUCACION RACIONAL

México, 30 de septiembre de 1913

LUCHA REIVINDICADORA

NUM. 1

Los políticos no salvarán nunca a la clase obrera, a pesar de todas sus promesas

La democracia política ha resultado un fiasco.

Nadie cree ya en ella, a no ser las multitudes inconscientes, los pueblos que no han llegado a la madurez, las colectividades que se satisfacen aún con abstracciones mentirosas.

La eficacia de los procedimientos políticos, su utilidad práctica y positiva para la clase trabajadora, sólo es defendida por los ambiciosos y los falsos caudillos, interesados en mantener el *statu quo* de la ignorancia popular, en sacar partido de la credulidad de ciertos grupos, novicios todavía en los azares de la lucha y fáciles de seducir con la hueca palabrería de las propagandas electorales.

Los socialistas han considerado el sufragio universal, el voto político concedido al pueblo hambriento, como la más grande superchería, la más escandalosa mixtificación del siglo XIX, y antes que ellos, Juan Jacobo Rousseau decía, con verbo elocuente, que el acto por el cual un pueblo *se da* su soberanía mediante las elecciones, es el instante mismo en que hace la formal abdicación de sus derechos y el ingenuo sacrificio de sus libertades.

En efecto, no acaban de pasar las elecciones, cuando ya empieza a abrirse un abismo entre electores y elegidos, entre ciudadanos y representantes, entre el pueblo que tuvo el candor de conferir un mandato incondicional e ilimitado, y los hombres investidos con la omnipotencia de ese mandato.

El pueblo queda allí, recluso en el fondo del taller o inclinado fatigosamente sobre el surco, haciendo labor fecunda, labor de esclavo, esfuerzo de titán, para que otros coman y ríen y se harten de placeres.

A corta distancia, en el templo de la ley, en las alturas de la representación nacional, los señores diputados comienzan a percibir sus decenas, aprenden a intrigar (si antes no lo sabían), empiezan a ser tentados por el oro de los magnates y por las caricias de los caudillos, hacen, en fin, los primeros ensayos de ductilidad y de cortesanía, y transcurrido algún tiempo, si no es que desde luego, los hombres que ayer predicaban democracia, hacían alarde de radicalismo, sentían latir sus corazones al unísono con el alma del pueblo, se exhibirán sin recato por teatros, salones y prostíbulos, henchidos de vanidad, ávidos de placer, ansiosos de poder y de dinero, formando corte a la alta burocracia y a la alta burguesía, para recoger de su esplendor o implorar de su magnificencia, lo que el pueblo humilde, el pueblo elector, no podría darles: oro, fiestas, manjares exquisitos, cenas suculentas, orgías a la romana, frívolas diversiones después de la digestión laboriosa o de la siesta enervante y, sobre todo y más que nada, dinero, siempre dinero, cascadas de pesos y torbellinos de billetes, para sostener la posición bruscamente adquirida, para saciar apetitos despertados de súbito, para encaramarse cada vez a mayor altura, en unión de otros favoritos y de otros parásitos, sobre las espaldas del pueblo hambriento, el único productor, la única víctima, pero también el principal elector, según la ley, y el único soberano, según la Constitución.

La burda mentira de la democracia política, el indigno engaño del sufragio, hiere los ojos del menos observador e irrita la conciencia más inclinada a la resignación.

El ciudadano de las sociedades modernas es el esclavo de la tierra, del taller o de la máquina; padece hambres y humillaciones, está expuesto a la miseria, al hospital o al asilo; sufre el insulto del amo o la bofetada del capataz, trabaja toda su vida sin encontrar jamás el reposo ni conseguir para sus hijos una atenuación en la áspera lucha, una perspectiva de menor miseria,

una mejoría en la ruda existencia, desnuda de encantos y erizada de congojas.

Pero, ¿qué importa? A cambio de esto, en compensación de este cortejo de suplicios, se le concede un boletín de voto, una cédula electoral con la que puede contribuir al nombramiento de un alcalde, a la problemática designación de un diputado, a la diezmillonésima parte de la elección de un presidente.

¿Qué más puede desear? Tiene la libertad política, la augusta investidura del ciudadano, el derecho inalienable de tomar parte en los asuntos públicos; debe conformarse con esos dones de la ley, con esos brillantes oropeles de la democracia, aunque debajo de ellos se ocultan la miseria más injusta y la explotación más desenfrenada.

Es ciudadano, pero no es hombre.

Es ciudadano y es elector, pero también es animal del trabajo, igual a la máquina, igual al caballo, igual al buey. ¿Qué importa? El dogma democrático no exige más; se contenta con los derechos políticos, con las excelsas prerrogativas de la ciudadanía moderna.

Libre en la ciudad, esclavo en el taller para la metafísica de los legisladores, ese contrasentido vale poco. Es indiferente, es cosa indiferente. Para el obrero que gime bajo el peso de tanta brutal paradoja, es ello una iniquidad, una ficción jurídica tan criminal como absurda, tan inbécil como intolerable.

La doctrina sindicalista, nacida del cerebro obrero, producto genuino de la experiencia diaria y no engendro enfermizo de las especulaciones de los juristas, rechaza con indignación la horrosa mentira de la libertad política, inicua y hermanada con la explotación económica, y busca la liberación del proletario, lejos de las añagazas electorales, de las promesas de sufragio efectivo, de las locas quimeras de redención por medio de la política, y substituye esas ilusiones y esas fantasmagorías por las realidades de la vida económica, por el franco espectáculo de la lucha de clases, por la obtención de conquistas efectivas de bienestar y más altos salarios.

Para ello acude a la acción directa, a la presión ejercida por los proletarios sobre los patronos, sin la peligrosa mediación de los parlamentos corrompibles y sin la ayuda interesada de los poderes públicos sugestionables.

La huelga y el boicotaje son las dos grandes palancas de la acción sindical. En la primera, el proletariado hace uso de su fuerza como productor, negando su trabajo al capitalista que lo explota. En el segundo, o sea en el boicotaje, los obreros esgrimen contra el mal patrón el poder que ellos tienen como consumidores: se niegan a hacer sus compras en el establecimiento del industrial o del comerciante boicoteado.

Con esa doble fuerza, apoyada en la unión de todos los trabajadores, la victoria será al fin y a la postre para éstos. Imposible para la sociedad burguesa vivir sin el trabajo de sus esclavos. Imposible para el comercio capitalista subsistir sin el consumo en grande que sólo puede hacer la innumerable población de los explotados.

De la acción directa, de la huelga y del boicotaje hablaremos en una serie de artículos, demostrando, con la experiencia de otros países, la alta eficiencia de estos medios de lucha.

A. DIAZ SOTO Y GAMA.

Int. Instituut
Soc. Geschiedenis
Amsterdam

El Sindicalista

Decenal, órgano de los
sindicatos constituidos
en la Casa del Obrero.

Escrito y sostenido por traba-
jadores

Dirección:
1a. del Estanco de Hombres 44
Tel. Mex. 0658 negro

Todo asunto de redacción debe-
rá tratarse con
RAFAEL QUINTERO

Administrador:
EPIGENIO H. OCAMPO

Registrado como Artículo de Segunda Clase

LA CLERIGALLA

Vientos de hipocresía soplan so-
bre la clase trabajadora.

Los eternos fariseos, arrojados
del templo por el látigo del Cristo,
vérguense triunfantes amparados
por su mendaz santidad.

Los eternos explotadores, herma-
nos carnales del capital: los frailes,
que embrutece y denigran el pen-
samiento, no permitiendo que salga
de su estrecho círculo, vuelven a la
carga, impetuosos y fieros, capaces
de todas las infamias y de todas
las diatribas.

No importa; el pueblo de 1913 no es
ya el pueblo de la dictadura por-
firiana: conoce a maravilla los proce-
dimientos de esa gente que tam-
bién es ávida de alcohol y sangre.

¡Sindicato! ¿Qué es? ¿Qué irri-
ta al sindicato es el templo
de la libertad, no la ergástula de la
mentira y el foco de la maldad; los
sindicatos obreros son patáculos
inmarcescibles para los castrados
del yo, verdaderos Chimborazos
acariciados por las nubes, no char-
cas pasivas donde todo se prostitu-
ye y todo se macula. Las grandes
obras son hechas por los hombres
que no tienen etiqueta en el pensa-
miento y pueden pensar como y
cuando les venga en gana.

Trabajadores que dejáis vuestro
pensamiento en plena libertad, co-
mo los condorez, a golpe de ala, se
remontan al infinito, conocedlos;
detrás de la idea sindical católica
se encuentra la adulación, se en-
cuentra el embuste, se encuentra
la propaganda política para mendi-
gar vuestros votos en las próximas
elecciones presidenciales.

¡Qué sarcasmos! ¿Cuándo se ha-
bían preocupado los reverendos ca-
tólicos de vosotros para uniros?
¿Cuándo y en qué época se habían
preocupado los santísimos católicos
para ilustraros en ideas libertarias,
como es la ilustración racionalista
que DEBE inculcarse en los verda-
deros sindicatos obreros? ¿Cuán-
do? Sólo cuando llega el interés,
porque los católicos nunca traba-
jan de balde: para bautismos, pa-
ga; para comunión, paga; para
matrimonio, paga; para morirse,
paga; para entierros, paga; para
bendiciones, paga; para misas, pa-
ga; y para uniones obreras: votos
de ciudadanos.

El pueblo, y sobre todo el traba-
jador consciente, ya os conoce, por
detrás de vuestras promesas se oye
el rozar de la sotana por las bam-
balinas de vuestras sacristías; vues-

Al socialismo convergen los esfuerzos de la humanidad

Todos y cada uno de los pasos
dados por la especie humana han
sido encaminados hacia la civiliza-
ción y progreso de los pueblos; por
eso vemos en cada una de sus más
simples manifestaciones la tenden-
cia hacia el perfeccionamiento.

Desde las primeras edades de la
tierra y aun antes de la aparición
del hombre, las especies animales
que la poblaban sintieron la nece-
sidad de ese perfeccionamiento, que
por naturaleza fué efectuándose;
de ahí la aparición del hombre, ser
salvaje en su principio, que, care-
ciendo absolutamente de todo rasgo
de cultura y civilización, fué des-
arrollándose, y obligado por esa
misma ley natural de perfecciona-
miento y en la necesidad de ponerse
a cubierto de los rigores de la na-
turaleza, de las garras de las fieras
y aun de las mismas garras de sus
compañeros, fué como empezó su
obra de adelanto, inventando los
más rudos instrumentos de caza y
las más toscas armas de combate;
de ahí nació, pues, la civilización
que lentamente ha ido evolucionan-
do desde aquellas remotísimas eda-
des, hasta llegar a la presente.

Hay más razones aún que nos
convencen de la tendencia que todas
las cosas tienen por el progreso, y
para ello bastan observar las
grandes transformaciones operadas
en los reinos animal y vegetal a
través de todas las edades: cam-
bian las formas y se modifican los
elementos, animados los seres y las
cosas por el afán de perfeccionarse.
Y así como en el orden físico todo
se transforma, impelido por el au-
mento de perfección, así también en
el orden moral, cada siglo exige
nuevos métodos y principios ade-
cuados que garanticen su armonía.

Por eso los hombres de ciencia
de la antigüedad, filósofos y maes-
tros, hasta los sociólogos eminentes
de nuestra época, se han preocupa-
do y se preocupan por encauzar esa
tendencia progresiva de los pueblos
para conducirlos hacia un solo fin
deseado: la felicidad humana.

Con efecto, todos los hombres de
talento y de grandes aspiraciones
han ayudado, cada quien en su
medio, a la realización de tan nobles
aspiraciones; probado está que tanto
los primitivos cristianos, como los
masones del pasado siglo, ayudaron
a levantar el espíritu de las masas
para poner un dique a las negras
infamias que cometían en aquellos
tiempos los zánganos de bonete y
de testa coronada.

Afortunadamente, esa ley natural
nos obliga a seguir adelante y lay
de aquel que se detenga! Será
arrastrado por el carro del progre-
so. Nos obliga, sí, a buscar otros
métodos de lucha a derribar obstá-
culos y a borrar prejuicios que
impiden el avance de la ciencia.

Y bien, deben estar satisfechos
todos los hombres que con este fin
han luchado, porque hemos encon-
trado la orientación que nos lleva-
rá a la consecución de esa tenden-
cia hacia el progreso que ha engen-

tros procedimientos son perfecta-
mente conocidos; a nadie podéis ya
engañar. . . . ¡Eal fuera el ropaje
del catolicismo para presentarlos co-
mo los conservadores de épocas pa-
sadas, con todas vuestras ambicio-
nes demostradas en vuestros ros-
tros abotagados por la gula y la crá-

drado nuestros ideales; esta orien-
tación es el socialismo libertario,
único factor de las grandes reivin-
dicaciones humanas.

El socialismo es y debe ser la re-
ligión del proletariado, puesto que
es la purificación de las ideas con-
cebidas por los hombres de carácter
y de ciencia, por esos genios que,
haciendo a un lado todo prejuicio,
han sabido abrir paso a la verdad,
y marchan siempre adelante, en
busca de la libertad y de la justicia.

El socialismo es el ideal de los
ideales, puesto que está inspirado
en la necesidad de mitigar dolores,
enjuagar lágrimas e iniciar a la
humanidad una era de felicidad y
de confraternidad universales.

Y sin embargo, el socialismo tie-
ne sus detractores: los que no com-
prenden o no quieren comprender la
razón, los que cierran los ojos para

no recibir la luz de la verdad; en
otras palabras, los irredentos. Pero
yo digo, y conmigo todos los hom-
bres conscientes, que el socialismo,
con todas las bondades que predi-
ca, será una realidad, impulsado
precisamente por la inclinación de
todos los seres y las cosas hacia la
verdadera perfección.

Y entonces . . . cuando la so-
ciedad que soñamos se levante lo-
zana y majestuosa, radiante de luz
y alegría, sobre las ruinas del pre-
sente, podrán cantar los dignos hé-
roes del trabajo el himno grandio-
so de paz, libertad y amor.

Entonces . . . en ese risueño enton-
ces que miramos en lejananza se
hará justicia; y los hoy ultrajados y
calumniados, los hoy ilusos, utópi-
cos y desequilibrados, serán los
apóstoles de la redención humana.

ANASTASIO S. MARIN.

El sindicalismo y las religiones

Hace algunos días que comenza-
ron a circular entre los sastres de
la capital, unas pequeñas hojas im-
presas, en las que se convocaba a
los obreros católicos, de ese ramo,
para la formación de un «Sindicato
Católico», y como quiera que esto
es de llamar la atención, es oportu-
no hacer algunas observaciones que,
sin duda, servirán para explicar lo
que debe ser un SINDICATO.

Se da el nombre de sindicato
a la reunión de trabajadores de
un mismo oficio, que se agru-
pan para defender, colectivamente,
sus derechos y procurar su mejo-
ramiento general.

Pero, como la base de ese mejo-
ramiento es la cuestión económica,
el principal objeto del sindicato es
aumentar el salario, aumentándolo
siempre y teniendo SIEMPRE presen-
te que el salario, por el solo hecho
de serlo, JAMAS llegará a ser dema-
siado.

Ahora bien, como este sistema
de lucha aspira a reunir en su se-
ño a todos los trabajadores de un
mismo oficio, ha establecido en sus
preceptos el abstenerse completa-
mente de tratar cualquiera cuestión
religiosa, por ser aún motivo de di-
visión entre los hombres, los diver-
sos sistemas religiosos.

El sindicato no tiene más reli-
gión que la del trabajo, religión
nueva que llegará un día a ocupar
el lugar que le corresponde, borran-
do con la fraternidad el estigma
bíblico que consideró el trabajo
como una MALDICION, cuando es la
fuente, el único manantial que ha
fecundado el progreso y la única es-
peranza que a la humanidad alienta.

Por esto, el sindicato no pre-
gunta al trabajador: ¿A cuál Dios
adoras?, sino que le dice: ¿Cuál es
tu pena? ¿qué humillación sufres?
¿qué desgracia te abruma? Ven con
nosotros, que somos tus compañe-
ros de fatigas, que, como tú, aspi-
ramos a mejorarnos y sentimos un
inmenso anhelo de justicia.

LUIS MENDEZ.

pula. Con tal de conseguir el poder
sois capaces de todo, hasta de la igno-
minia; quien trajo usurpadores a
México, no puede fabricar más que
nidos de víboras y traidores.

Trabajadores: el chacal lanza sus
aullidos en la lejanía, ya se acerca;
¡a prepararnos a la defensa!

Hacedlo por los explotados en las
minas, en los campos, en los mos-
tradores, en los talleres, en las re-
dacciones, en todas partes donde
haya manifestación de la actividad
humana.

RAFAEL PEREZ TAYLOR.

Actitud del Sindicato de Tipógrafos Hermanos de miseria: ¡Luchemos!

A nuestros compañeros obstinados en desconocer el acuerdo que puso fin a los trabajos de la Confederación Nacional de Artes Gráficas, para iniciarse en la lucha radical por el bien del gremio

Hace unos cuantos días que en el salón de la Academia nos encontramos disfrutando de un ambiente libertario; de un ambiente que, por su naturaleza misma, nos presentaba despejados los horizontes de la redención obrera.

Tal vez vosotros mismos, a pesar de la obstinación que os ha hecho su presa, estéis notando que aquel ambiente es indispensable; y por lo mismo, no me explico qué razones tendréis para preferir el que os está arrebatando la existencia de obreros libres, conscientes de vuestros derechos.

Y no acababan de transcurrir siete días desde que nos reunimos en aquel lugar, para tomar el acuerdo que todos conocemos, cuando ya circulaban por ahí algunas convocatorias... ¿Quién citaba?... ¡Oh ironía! La mesa directiva de la Confederación Nacional de Artes Gráficas!

Abrid bien los ojos de vuestras conciencias, y decidme: ¡Qué derecho os asiste para reuniros al amparo del título de una sociedad extinta?

Os estáis burlando, con vuestra actitud, de cuanto bueno haya hecho la Confederación, sencillamente porque habéis precipitado su desprestigio.

¿Qué estatutos os rigen? No me digáis que los de la Confederación, porque habéis escuchado perfectamente el vocerío entusiasta de una abrumadora mayoría que aprobaba la transformación de la «Confederación Nacional de Artes Gráficas» en «Sindicato de Tipógrafos».

Y bajo el peso de aquellas elocuentes manifestaciones de júbilo, iba quedando sepultada la sociedad de resistencia mal entendida, llevándose consigo, naturalmente, su caduco reglamento.

Y nació el Sindicato de Tipógrafos; nació con energías tangibles porque desde un principio se impuso la tarea de inscribir en su pendón el sagrado lema de la manumisión obrera.

Y sólo vosotros permanecéis indiferentes a esa suprema aspiración que se deja sentir entre nuestros abnegados compañeros, comparándonos con los murciélagos que rehuyen las luces de la aurora porque sólo laboran en las tenebrosidades de la noche...

¿Qué perseguís? Yo quiero creer de ideas más elevadas, a pesar de la opinión dominante, de que vuestra única preocupación es un insignificante capital.

No, compañeros; yo sigo creyendo que aun hay algo noble en vuestras miras, y que lo que habéis hecho es sólo un error pasajero; habéis creído digno seguir luchando en una forma de suyo inconveniente, sin tener en cuenta que habéis dejado de acatar la voluntad imponente de una asamblea. —(Reglamento interior de discusiones, cláusula segunda:—El número competente de personas para la apertura de sesiones ordinarias, será, cuando menos, de quince, y el de sesiones extraordinarias será de diez, ENTENDIÉNDOSE POR LOS ACUERDOS, DISPOSICIONES,

ETC., ETC., SERÁN RESPETADOS EN TODAS SUS PARTES POR TODOS Y CADA UNO DE LOS CONFEDERADOS, AUN CUANDO NO ASISTIEREN A ESAS REUNIONES.)

¿Es así como debemos conducirnos quienes nos preciamos como obreros de la inteligencia?

Nunca, compañeros. Así, pues, aun es tiempo para que reflexionéis.

Uníos a nosotros, como lo aconseja la razón, y habréis desmentido las ideas de quienes opinan que os preocupáis más por un capital mezquino, que por la causa justa y noble del proletariado.

No desmayéis; vamos a luchar por nuestros sagrados intereses, y dejemos ya de presentar el ridículo espectáculo que debe avergonzarnos ante nuestros hermanos los obreros de las demás naciones civilizadas del universo, y que está dando margen a que se acentúen nuestras legendarias divisiones.

Como habéis pasado por encima de la legalidad, el Sindicato de Tipógrafos —¡oidlo bien!— mirando un poco más alto que vosotros, da por terminado el conflicto, si así puede llamarse, dejándoos con los fondos que habéis defendido a toda costa y con vuestra torcida idea de que subsiste la «Confederación Nacional de Artes Gráficas».

El Sindicato ha deseado entrar en una lucha de sanos ideales, y le place encontrar desde su fundación los momentos de prueba que, una vez pasados, decidirán el triunfo que persigue.

Y asume esta actitud el Sindicato, porque no se le oculta que tarde o temprano, convencidos de vuestro error, con fondos o sin ellos, vendréis a trabajar con nosotros en pro de la manumisión obrera; y en cualquier momento os recibiremos con los brazos abiertos.

Así, de cara al ideal, despreciando mezquindades, ha dado el Sindicato de Tipógrafos su primer paso hacia la causa levantada que lo alienta.

H. C. GARCÍA.

Compañeros:

Defectos inherentes a todo principio de organización, impidieron que EL SINDICALISTA —vuestro látigo de fuego, vuestra arma en el combate por la felicidad que ambicionáis con el ansia febricitante de los naufragos— apareciera antes de la presente fecha. Mas, después de haber salvado los primeros obstáculos, y decimos primeros por los muchos que hay que salvar en cualquiera manifestación de nuestra lucha, creemos no faltar a nuestra promesa asegurando que, a partir de hoy, EL SINDICALISTA lastimará los oídos de la canalla burguesa con sus clarinadas de verdad, tres veces durante el mes.

Aprestaos, pues, a darle vida robusta con vuestra solidaridad y con vuestro concurso intelectual. Su eficiencia reclama el esfuerzo que ha de reventar mañana en fructificaciones bienhechoras.

Hiera la verdad la susceptibilidad de los escépticos y fanáticos, dé fuerza al débil, valor al indeciso, y resplandezca con su hermosa desnudez envuelta por la aurora de las reivindicaciones....

Los imperios y los reinos se desmoronan al empuje de las necesidades sociales, pretendiendo terminar con los tiranos; el servilismo y la esclavitud, buscando la última forma para los gobiernos: la república; mas los pueblos que han pasado por esta evolución sólo han dado un paso hacia su mejoramiento, pues los hechos nos dicen que esta forma de gobierno, carcomida tenazmente por los ambiciosos, no es, en verdad, la última palabra.

Todos los gobiernos han tendido sus partidarios, sin embargo de ser toda forma de gobierno aceptada hasta hoy, detestable, porque, moderada o despóticamente, sólo significa tiranía.

Quiero decir que siendo estas evoluciones las que han conmovido más rudamente a la humanidad, las que han segado más vidas, las que han dado lugar a todas las miserias que azotan a la sociedad, tan sólo han abierto brecha para dar paso a la verdad, a la única verdad pura y desnuda: el socialismo; él, que trae, como Jesucristo en el templo, un látigo para los enemigos de su hermoso ideal, sintetizado en estos vocablos: IGUALDAD, FRATERNIDAD Y AMOR.

Compañeros tipógrafos: Para llegar hasta vosotros vengo buscando la verdad, y verdad es que los imperios tienen y han tenido sus imperialistas; las monarquías sus monarquistas, las repúblicas sus liberales y conservadores. Para pasar por todas estas evoluciones, ha habido lucha formidable; la lucha del tiempo arrasando todo lo pasado que, por deficiente, ya no responde a las necesidades de la humanidad.

Así ha sido la lucha emprendida contra nuestra amada Confederación: fuerte y tenaz, porque ya no respondía a nuestras aspiraciones y necesidades; porque habiendo sido joven y fuerte, pronto agotó sus energías; porque siendo en el combate los primeros, estábamos siendo los últimos; porque se apoderó de nuestros espíritus el orgullo, el egoísmo y la indiferencia; porque viviendo aislados, creímos ser fuertes y por ende caímos en el más profundo abismo que se conoce: el error.

Mas plugo al movimiento evolutivo que desapareciera ese error y la venda que cubría nuestra vista y ofuscaba nuestro cerebro, empujándonos a la lucha intestina en nuestro campo de acción, donde la razón, que es la idea que sostenemos, ha triunfado. Yo os digo: no somos nosotros, no, los vencedores en la justa, es la idea, y si cerráis los ojos a esta verdad buscando como armas los defectos de los hombres, recordad las sublimes palabras del mártir del Gólgota: «El que se crea sin pecado, que arroje la primera piedra».

Si la indiferencia persiste en vuestros espíritus; si en la lucha habéis perdido vuestras energías y os conformáis con vuestra condición de parias, si cerráis vuestro corazón al único emblema: IGUALDAD, FRATERNIDAD Y AMOR; si queréis llegar a vuestra familia el vicio y la abyección, mirad que con vuestra actitud

sólo obtendréis en el ocaso de vuestra vida el horrible, el más cruento remordimiento, acicateado por la miseria, cuando, por impotentes, os echen del taller, y la sociedad, cruel e indiferente, os arroje como basura pútrida.

No, compañeros, no os ceguéis al primer rayo del sol de la libertad, abrid vuestros brazos, tanto, tanto, que en estrecha unión sellemos nuestros corazones con la verdadera fraternidad. Fuera temores! Ya se oyen las fanfarrias y el canto guerrero que nos convidan a la necesaria revolución de las ideas; ahondemos, ahondemos, hasta que el fuego santo nos queme y digamos: no queremos más....

Y purificada la sociedad actual, tienda majestuosa su mirada y envíe su ósculo de paz a los cielos serenos e impasibles.

SALVADOR LIZAOLA.

Qué significa el sindicalismo

En la palabra socialismo no se compendian las ideas disolventes, como equivocadamente vociferan los retrógrados.

El socialismo es la lucha por la emancipación de los que sufren, es decir, la redención de las clases trabajadoras.

En el socialismo encontraremos LUZ, PROGRESO, LIBERTAD.

Por eso yo, como partidario decidido de ver sin antifaz hacia el porvenir, os exito, compañeros tipógrafos, a que oigamos todos el llamado de nuestros hermanos de la Casa del Obrero Mundial, pues nadie sino ellos serán los propulsores de nuestro adelanto en el terreno de las reivindicaciones.

Demos una verdadera prueba de cultura evitando que nos dlemen obcecados.

Si hay entre nosotros inconsistentes, hagámosles conocer la verdad y, uniéndonos en brazo fraternal, formemos un bloque gigantesco y sólido que, cuando se derrumbe, sea para exterminar a los tiranos y explotadores.

JESUS RUELAS.

Casa del Obrero

HORARIO DE ASAMBLEAS

Sindicato de Zapateros. Lunes, a las 8 p. m.
Sindicato de Carpinteros. Martes, a las 7.30 p. m.
Sindicato de Sastreros. Miércoles, a las 8 p. m.
Sindicato de Tipógrafos. Domingos, a las 10.30 a. m.

Valor y serenidad

Compañero sastre:

¡Qué bello es el ideal cuando, como luz del alba, surge de la mente inquieta que quiere decir algo a los corazones muertos, donde no palpita el sentimiento de ser libre y el deseo de romper la cadena férrea de la tiranía burguesa, que te ata al carro que arrastráis, lleno de hambre y de miseria!

Tal vez te extrañe que te hable de sindicalismo; mas no temas ni creas que con mi modesta pluma vaya a causarte heridas que aumentar pudieran el dolor de tus flageladas espaldas, que provocan a tu vil explotador, carcajadas llenas de burla y de desprecio, siempre que contempla tu triste situación.

Tus lamentables debilidades y timideces te hacen temblar cuando estás delante del burgués a quien trabajas, y tu alma se marchita al soplo imbécil del tirano capataz que te da el trabajo.

No temas ni te amedrente la microfónica mirada que enfurecido te lance tu despota patrón. Suspende un momento el constante movimiento de tu brazo y de tu diestra que maneja la inflexible aguja con que hilvanas afanosos las flamantes telas de los trajes con que cubren sus llagas los parásitos de la sociedad explotadora, que fomentan con el oro que produces la crápula y los vicios de que hacen ostentación en las anchas avenidas que transitas macilento.

No te preocupe ni te llame la atención que esa gangrena social pase veloz ante tu vista, envuelta en lujosos atavíos. Es la burguesía que marcha en rápido automóvil hacia el ocaso.

¡Y qué importa que vaya al abismo, si de su nulificación depende tu felicidad, tu futuro bienestar y el abundante pan para tus hijos!

Si eres hombre, debes conquistar tu plaza de ser libre y no hacer nunca un dios del ser abyecto que te oprime y absorbe en el taller como pulpo, la sabia de tus pulmones, en holocausto de los placeres que le brindan las orgías.

No inclines jamás tu cabeza honrada en señal de humillación, ni dobles tu rodilla ante aquel que te explota, y ávido de riquezas te somete a un proceso bestial de sus caprichos.

Si acaso no te importuna mi porfía de indicarte el sendero de tu emancipación, escucha y no te fastidie mi prédica libertaria. Sólo quiero tu reivindicación, porque ya no es tiempo que vivas en el fango en que te encuentras.

¿Recuerdas de aquellos que eran tus amigos cuando eran operarios como tú, y participabas con ellos tus miserias pecuniarias a la hora de comer y paseaban juntos?

Esos, ahora te desconocen. Unos, porque son maestros cortadores y se codean en estrecha unión con el burgués explotador, y otros, porque tienen capital a costa del trabajo de sus cándidos amigos y de los necesitados que para dar pan a sus pequeños hijos, trabajan por cualquier cosa.

Pero, ¿quieres que te explique cómo hacen su fortuna los patronos que tienen capital y grandes sastrerías? Pues sencillamente: cuando eran operarios o simples cortadores de las sastrerías de burgueses que nunca han sido sastres, conven-

Manchado por el fango de todos los caminos, limados brutalmente los potentes caminos, sujeto a una cadena, puesto un férreo bozal, clavado un hierro en el cartilago nasal, inconsciente tal vez del gesto de belleza que hay en el oscilar de su chata cabeza, y sometido al duro, al insufrible ultraje de que provoque risas su majestad salvaje, mandado por un sucio hampón de mala traza, un oso, dócilmente, bailaba en una plaza.

Movía pies y manos, depuesto el gesto fiero, siguiendo el ritmo isócrono de un pringoso pandero, y su ventrudo cuerpo pesadamente erguía con un aire grotesco, y la gente reía. . . Y él sufría en silencio que escupiera su frente, la carcajada estúpida y cruel de la gente.

—¡Pobre oso esclavo! Al verte con la cadena preso, yo he sentido el impulso de ir a ti y darte un beso, como aquel que en las lepras santamente ponía la excelsamente buena santa Isabel de Hungría!

¡Pobre oso esclavo! Tú, que en las libres montañas ambulabas dispuesto para épicas hazañas, tomando de la encina la robustez del nervio

¡Bienvenido sea!

Una buena nueva vamos a comunicarnos, hermanos tipógrafos y hermanos de todos los gremios.

No olvidaréis que, a raíz de la fundación de la Unión Cooperativa Linotipográfica, la Casa del Obrero invitó a sus miembros, con el propósito de que celebraran sus sesiones en nuestro humilde local de toscos asientos, y que ellos, prefiriendo el flamante salón del Departamento del Trabajo, despreciaron nuestro llamado y hasta descurdaron contestarnos.

Pues bien, para borrar tan ingrata impresión, ponemos en vuestro conocimiento que el compañero Silvino Mota, presidente hasta hace unos cuantos días de la sociedad de referencia, renunció el puesto, no sabemos si disgustado por el giro netamente capitalista que ha tomado aquella, y ha manifestado deseos de ingresar al Sindicato de Tipógrafos, para luchar con los que no hablan de dinero, sino de buena voluntad, de amor, de ideales infinitos.

¡Bienvenido sea, y con él todos los que hurquen la verdad para enfrentarse con el Destino, conscientes de su misión sobre la Tierra!

Mil manos encallecidas os esperan, para estrechar la vuestra, compañero Mota!

cidos de que un solo hombre, con su trabajo puramente personal, no puede ganarse una fortuna, esto es, sin explotar a los demás, ponen un taller a los órdenes del público con unos cuantos operarios al principio, y después, si la clientela les es favorable a estos patronos noveles que por primera vez se lanzan al estadio mercantilista, solicitan más obreros y a todos ellos pagan un sueldo miserable que nunca representa el valor íntegro de su trabajo. Y para tenerlos conformes les fingen toda clase de consideraciones y un respeto aparente.

EL OSO DE LOS BOHEMIOS

en tu extenso dominio y en tu fuerza soberbio, mirando como dueño, con augusta fiereza, las desnudeces santas de la Naturaleza, tu madre, hoy te resignas a ver que un miserable haga danzar tu cuerpo heroico y formidable, y él, un vil pordiosero, te haga a diario la afrenta de decir a una dama a quien tu danza lenta asusta, y temerosa de ti su ruta pierde: —¡Pase usted sin cuidado, señorita; no muerdel. . .

¡Pobre oso esclavo! Tú, puesto el duro cilicio, que atraviesas a diario por el rudo suplicio, de que a ti, que eres símbolo de libertad y fuerza, un golillo te tire con un troncho de berza, y algún siervo te mire con ridículo alarde, y te haga burlas una muchedumbre cobarde. . .

¡Pobre oso esclavo! Tú, que en las libres montañas escupías al cielo tu rugir poderoso; recuerda aquellos sueños de inmortales hazañas, de aquel tiempo en que eras de la selva el coloso, y cuando el amor —¡el amor!— te diga: ¡Baila, oso! . . . alza el brazo y, de un golpe, rásgale las entrañas!

E. TORRALVA BECI.

FULGORES DE TRIUNFO

Tinta roja! Pon tu mancha escarlata sobre el albo papel.

Que sea la trompeta de fuego que llame a la lucha a los cansados o débiles, a los que rehuyen el combate. En marcha, pues, no os dejéis rendir por la fatiga.

Este es el hosanna que os llama a la lid, por la existencia. Es el grito rojo que llega, como los primeros tintes de la aurora, anunciándoos el nuevo día, el día más bello, el día de la reivindicación social.

El sol fulgente de la Libertad alumbrará con sus rayos abrazadores el triunfo del Derecho.

Ya parecéis vertirse el eco del can-

to jubiloso entonado por las huestes de escarnecidos, de vilipendiados, de befaados, de humillados, que celebran la victoria elaborada con todos sus dolores, con todas sus afrentas, en todas sus vigiliadas.

Y al pensar que han de sentir en sus testas, antes inclinadas por el yugo implacable, el ósculo regenerador del verdadero progreso, lanzan el hurra formidable que atruena en los ámbitos como el aluvión sublime que guiará hacia la Ciudad Nueva, por la fraternidad, por la perseverancia y por la unión.

FRANCISCO CORTES.

PARA EL PUEBLO QUE RIE

Como el agua en el cauce, la mascarada

Va por la calle enorme. ¡Cuánta tristeza!

Me inspiran esos rostros pintarrajeados

En que puso su estigma la decadencia!

¡Pobres huestes de idiotas! ¿Quién os arrastra

Llenos de colores a las fiestas

Como un mono a los circos? Vais riendo

Y se os ve del dolor la horrible mueca!

Os dicen: ¡a reír! y allá en tumulto,

Siempre en tropel, rebaño de carneros!

Os lanzáis a reír. ¡También os dicen:

¡A matar! ¡Y allá van vuestros ejércitos!

¡Siempre pieza de máquina, utensillo!

O verdugo o bufón: ¡Siempre instrumento!

ALBERTO GIRALDO.

todas partes del mundo se disputan el primer puesto.

Ten valor y serenidad y ven a unir tus esfuerzos en el "Sindicato de Sastres," con los compañeros que luchan sin descanso por alcanzar su mejoramiento.

Quiero que seas hombre y te yerigas altanero y resuelto a vencer en el combate. Y ojalá abandones tu inercia, para ver en realidad la luz del sindicalismo en las verdades innegables de la sociología moderna, que te hará decir al proletario indiferente: ¡Abajo la apatía; lucha y vencerás! E. H. OCAMPO.